

Las enfermedades y la muerte de Enrico Caruso

por Noah D. Fabricant *

La fama de Enrico Caruso (1873-1921), el más grande tenor dramático de las dos primeras décadas del siglo XX, conquistó alturas tan universales a lo largo de su vida que hasta los que no estaban interesados en la ópera conocieron su nombre. Hoy, 90 años después de su muerte, Caruso sigue haciendo las delicias de los amantes de la música en el mundo entero, gracias al rico legado que nos dejó en sus discos de fonógrafo.

Hay mucha gente que todavía sigue creyendo que, cuando echó sangre por la boca durante una actuación en público el 11 de diciembre de 1920, aquella hemorragia era precursora de un cáncer, según unos localizado en la laringe, y según otros en la lengua o en los pulmones. Tal fue el tema dramático de una película realizada hace unos cuantos años con una orientación errónea, bajo el título de *El Gran Caruso* [*The Great Caruso*, de 1951; dirigida por Richard Thorpe y estelarizada por Mario Lanza; basada en un guión de William Ludwig a partir del libro *Biography of Her Husband*, de Dorothy Caruso]. La verdad es que los datos médicos que tenemos sobre la última enfermedad y muerte de Caruso distan mucho de la leyenda popular.

Enrico Caruso nació en Nápoles, Italia, el 27 de febrero de 1873. Fue rico la mayor parte de su vida y era un hombre sencillo, a quien encantaba la paz. Medía 1.75 metros de estatura, pesaba unos 80 kilos, y solía perder temporalmente cerca de kilo y medio después de una actuación en las tablas. Entre sus hábitos personales estaba el de fumar constantemente cigarrillos egipcios, pero no comía mucho. Cuando cantaba ópera se cambiaba de camisa en los entreactos y se perfumaba con agua de colonia mientras se ponía otra ropa. La noche antes de cantar solía tomarse medio frasco de magnesio en polvo Henri con agua, antes de acostarse para dormir ocho horas.

“Enrico no cantaba cuando estaba en el baño —nos dice Dorothy, su joven esposa norteamericana—. Después de la inhalación, que le llevaba media hora, colocaba un espejo contra la ventana, abría ampliamente la boca y se metía un pequeño espéculo de dentista hasta la garganta, para examinarse en el reflejo las cuerdas vocales. Si las veía demasiado rojas, se las pintaba con una solución especial. El doctor Holbrook Curtis siempre le trató la nariz y la garganta, pero Enrico se cuidaba personalmente las cuerdas vocales.

”Se ha dicho muchas veces que Caruso no estaba nervioso cuando cantaba —continúa la señora Caruso—. Esto es completamente falso. Siempre se ponía tremendamente nervioso, y no trataba de disimularlo. Él mismo decía: ‘Claro que estoy nervioso. Cada vez que canto me parece como si alguien estuviese esperándome para destrozarme, y tengo que luchar como un toro para defenderme. El artista que alardea de no estar nunca nervioso no es artista; es un embustero o está loco’.”

En septiembre de 1919 Caruso tenía un contrato para presentarse en México para una temporada de ópera, al precio más alto que se haya pagado jamás a un cantante: \$15 mil dólares por actuación. Su mujer no lo acompañó porque estaba próxima dar a luz. Caruso venía padeciendo fuertes dolores de cabeza desde hacía años, y en México se le agudizaron.

La laringitis, este riesgo que persigue al cantante en el ejercicio de su profesión, constituye muchas veces una amenaza para el que se empeñe, por ser fiel a la tradición teatral, en “seguir adelante por encima de todo”. Forzar la voz con una laringe inflamada y congestionada recrudece y agudiza la molestia, y hasta puede conducir al cantante a adoptar una técnica contra la naturaleza, que puede trastornarle las cuerdas vocales. Por otra parte, la nerviosidad puede hacer estragos en la voz, perturbando el ritmo respiratorio, tensando las cuerdas vocales y hasta secando las membranas mucosas de las que depende la buena emisión de la voz.

El 19 de octubre de 1919 Caruso cantó *Sansón* en la Plaza de Toros. Se puso un poco de bálsamo de Bengué en la nariz, se frotó con él toda la cabeza y el cuello y, sin probar antes su voz, salió a cantar. Con gran sorpresa suya, “todo salió muy bien al fin”.

A fines de abril de 1920, zarpó Caruso rumbo a Cuba para una temporada de dos meses de ópera en La Habana. Después, inició la temporada de ópera en Estados Unidos en el otoño de 1920, con gran cansancio y en un estado de agotamiento considerable. Acababa una de las giras más largas y duras de su vida: en el periodo de un mes había cantado en Montreal, Toronto, Chicago, St. Paul, Denver, Omaha, Tulsa, Fort Worth, Houston, Charlotte y Norfolk. En el viaje de Montreal a Toronto pescó un resfriado que le duró toda la gira.

Regresó a Nueva York a fines de octubre, muy fatigado. La gira había sido más dura todavía de lo que sospechara él al principio, y su infección respiratoria le bajó hasta el pecho, en lugar de desaparecer. En aquel estado, no podía conciliar el sueño, hasta que por fin decidió ver a su médico.

“No sé quien le recomendaría a este doctor H. —comenta la señora Caruso—. Enrico había consultado a especialistas, quiroprácticos y osteópatas, así como a médicos corrientes, pero ninguno logró averiguar cuál era la causa de sus jaquecas. Por algún motivo que él sólo se sabía, creería que el doctor H. iba a acertarle.”

La señora Caruso sospechaba mucho del talento de dicho facultativo: “He sido testigo de los remedios ridículos que dio a Enrico el año antes de que le viniesen las jaquecas. Estos tratamientos consistían en acostarlo en una cama de metal, colocarle láminas de cinc en el estómago, y encima saquitos de arena. Entonces hacía pasar una corriente eléctrica por las planchas, y el temblor espasmódico de los sacos le producían, según él decía, un masaje enérgico, con el cual le reducía la gordura y se le curaban los dolores de cabeza. Luego era metido en un gabinete eléctrico y deshidratado. Cuando terminaba el tratamiento, pesaba unas cuantas libras menos... que volvía a ganar en cuanto llegaba a casa, bebiéndose litros de agua. Naturalmente, le siguieron las jaquecas. Como era inútil que tratase de disuadirlo de que fuese a consultar a este médico, no le expresé mi escepticismo ni le puse dificultades cuando, un día crudo de noviembre, volvió al mismo doctor H. para que le aplicase, para el catarro de pecho, el tratamiento que hasta entonces le diera para los dolores de cabeza”.

A principios de diciembre, Caruso se enfrió mientras daba una vuelta en coche por el parque. En lugar de volver a casa, se empeñó en ver a su médico, quien le prescribió para el resfriado el mismo tratamiento que para las jaquecas. Aquella noche se quejó de un dolor vago en el lado izquierdo del pecho, y empezó a toser. Para la mañana siguiente tenía en programa *Pagliacci*, y aunque iba empeorando cada día su tos, se empeñó en cantar. Cuando empezaba a atacar el *Si agudo* del aria ‘*Vestí la giubba*’, se le quebró la voz. Entonces, al acercarse tambaleándose a los bastidores, cayó el telón para interrumpir la representación.



Enrico Caruso: “El artista que alardea de no estar nunca nervioso no es artista; es un embustero o está loco”

“Ha sido sólo un dolor en el costado”, explicó Caruso. Cuando llegó el doctor H., le aplicó tiras de tela adhesiva al pecho y le dijo: “No es nada serio, sólo un pequeño ataque de neuralgia intercostal. Puede continuar ya”.

Tres días después, Caruso apareció ante el público para interpretar *L'elisir d'amore* en la Academia de Música de Brooklyn. Su médico le dijo que estaba bastante bien para cantar. Antes de la representación, la señora Caruso observó que el agua que utilizaba para enjuagarse la boca estaba teñida de color rosa, que después se convirtió en rojo. Mientras cantaba la primera aria, empezó a aparecer sangre de rojo vivo en la pechera de su camisa. Desde bastidores un empleado le pasó una toalla. Caruso la tomó en sus manos, se limpió los labios y siguió cantando. Le pasaron varias toallas, pero por fin, cuando terminó el aria, hubo de abandonar la representación. El doctor H. comentaba: “Se le ha roto una venilla de la base de la lengua”.

“El 19 de octubre de 1919 Caruso cantó Sansón en la Plaza de Toros de México. Se puso un poco de bálsamo de Bengué en la nariz, se frotó con gel toda la cabeza y el cuello y, sin probar antes su voz, salió a cantar. Con gran sorpresa suya, “todo salió muy bien al fin””

Por primera vez en su vida, Caruso no protestó cuando suspendieron el espectáculo. El día siguiente estaba mejor y se negó a quedarse en cama. Su médico insistía en que no era más que una neuralgia intercostal, y para aliviar el dolor que sentía el paciente, le aplicó más tela adhesiva al pecho. El 13 y el 16 de diciembre, todavía envuelto “en un corsé de esparadrapo tan duro como una cota de malla”, retornó a sus actuaciones corrientes. El 21 de diciembre tenía que volver a cantar *L'elisir d'amore*, pero aquella mañana se le agudizó de tal manera el dolor que la señora Caruso mandó a buscar al doctor H. El médico le cambió la tela adhesiva y aseguró a ambos que si descansaba tres días, podía estar bastante bien para su actuación de vísperas de Navidad, en que tenía que cantar *La Juive*. Aquella iba a ser la última actuación de su larga carrera artística, durante la cual había aparecido 607 veces en el Metropolitan Opera House.

Se estaba Caruso bañando la mañana de Navidad cuando, de repente, pegó un grito. El dolor que sintió fue tan intenso que perdió el sentido y hubo de ser trasladado hasta la cama. El médico del hotel, doctor Francis Murray, fue llamado inmediatamente. Le administró un narcótico. Poco a poco fueron cediendo sus gritos. Como no encontraron al médico a cuya presencia, por cierto, se oponía la señora Caruso, se llamó a un famoso internista de Nueva York, el doctor Evan Evans. Su diagnóstico fue “pleuresía aguda, que probablemente se convierta en neumonía”. La junta de médicos que celebró al día siguiente con otros tres facultativos resultó en completo acuerdo. En unos cuantos días, se cultivó en los laboratorios de la Columbia University un microorganismo de neumococos, extraído del esputo del tenor.

Tres días después, según refiere la señora Caruso, su rostro “se puso de repente de color pizarra, y empezó a jadear con estertor”. Padecía disnea intensa y estaba de color cianótico. Uno de sus médicos, el doctor Antonio Stella, penetró en la habitación por casualidad, en el preciso momento en que principió el agravamiento. Sacando precipitadamente una aguja aspiradora de su maletín, se la clavó en la espalda para aliviarle la dificultad respiratoria. Cuando salió el fluido, Caruso empezó a respirar con libertad.

Los médicos que asistían al paciente resolvieron que había que operarlo para evitar que se repitiese aquel ataque peligroso. Se llamó al doctor John F. Erdmann, eminente profesor de cirugía de la Universidad de Columbia. La suite que tenía Caruso en el Vanderbilt se transformó en un momento en quirófano. Se le extrajo al paciente una gran cantidad de líquido, que le brotó con gran fuerza de la incisión intercostal, y se le insertó un drenaje entre las costillas.

Dos días después la temperatura de Caruso era normal y no tenía dolor. Tras unas semanas de mejoría y optimismo creciente, se despertó Caruso a primeras horas de una mañana de febrero con fiebre alta. Por la noche le había subido a 40 grados. Los doctores se reunieron de nuevo, y uno de ellos dijo: “El drenaje está mal puesto. El doctor Erdmann tiene que volverle a operar mañana”.

El 12 de febrero de 1921 el doctor Erdmann le quitaba más de diez centímetros de costilla. “Cuando se le abrió el pecho —comentó el cirujano—, salió el pus más hediondo que he visto y oído en mi vida”. Durante diez días, el estado general de Caruso fue muy débil, pero logró reponerse lo suficiente para que se le pudiesen hacer radiografías del pecho. En ellas se apreciaba “que se le había contraído el pulmón izquierdo”.

Durante la parte primera de su convalecencia, Caruso se quejó de parestesia en la mano derecha: “¿Qué me pasa en los dedos? —preguntó a los médicos—. Siento como en los pies cuando se me quedan dormidos”. La atrofia visible de los músculos de la mano siguió a la aparición de esta sensación. El pulgar y el índice se le debilitaron, con lo cual le resultaba difícil escribir. Aunque no se han encontrado datos de un reconocimiento neurológico de Caruso, puede suponerse que le lesionaron de alguna

manera, acaso mientras estaba bajo los efectos de la anestesia, el plexo braquial, o sea, la intrincada cadena nerviosa localizada en la axila.

“Y después, una tarde —escribe la señora Caruso— la enfermera apareció en la puerta con un termómetro en la mano... ‘¿Cuánto?’ Le pregunté. ‘Treinta y ocho con seis’. Llamé a los médicos.” El examen que le hizo el doctor Erdmann descubrió que se le había formado un absceso profundo entre la cadera y las costillas. Se le practicó una incisión en el absceso del flanco izquierdo y se le dejó un drenaje, esta vez con anestesia general.

En total, se le habían abierto cinco abscesos en la misma zona general, y se le habían administrado dos transfusiones de sangre. Aunque Caruso mejoró notablemente después de las transfusiones, se preocupó mucho por otros posibles efectos. “Ya no tengo sangre italiana pura —decía—. ¿Qué soy ahora?”

El mes de mayo de 1921, la familia Caruso se embarcó rumbo a Italia, previo consentimiento de los médicos que lo atendían, y allí se proponía pasar un largo periodo de recuperación. El día antes de partir, Caruso salió a dar una vuelta en coche, deteniéndose a pagar una cuenta de última hora, la de sus radiografías. En la oficina del radiólogo, una de las placas fotográficas reveló que le faltaban diez centímetros de costilla. Caruso se quedó horrorizado. Quitarle un pedazo de costilla equivalía, según la opinión general de entonces, a la desaparición de su voz. Profundamente deprimido, no quiso seguir dando su vuelta en coche y regresó al apartamento. Dijo a su acompañante que no se molestase en empaquetar la música. Ya no iba a poder cantar más, dijo. Así de triste fue su adiós a Estados Unidos.

Una vez en Italia, los Caruso tomaron una suite en el hotel Vittoria de Sorrento, desde el cual se dominaba el panorama de la Bahía de Nápoles. Allí descansaron y se dedicaron a la natación. El tenor recibió en aquella localidad un tratamiento fisioterapéutico para su mano derecha. La fisioterapia consistía en sumergir el brazo en un recipiente lleno de barro caliente que le traían todas las mañanas de Agnano en el barco. Caruso ganó peso y se sintió mejor en general. Un día hasta llegó a cantar, un poco distraídamente, durante una audición informal para un muchacho.

A fines de julio, al volver la señora Caruso de la playa una tarde, encontró a su marido con un viejo médico que había asistido a la madre de Caruso en su última enfermedad. Estaba reconociéndole una zona pequeña que no acababa de sanar, en la cicatriz de la última incisión que se le practicó. Al día siguiente por la mañana, el tenor tenía una temperatura de treinta y ocho grados y tres décimas.

Los doctores Bastianelli, Raffaele (cirujano) y Giuseppe (internista) fueron llamados a Roma. Ambos eran maestros veteranos de la Facultad de Medicina de Roma y estaban casados con sendas mujeres norteamericanas. La señora Caruso vio el cielo abierto al encontrarse con doctores a los cuales podía contar detalladamente la historia médica de su marido en inglés.

Los médicos no estuvieron conformes con el relato que hizo la señora Caruso del papel que desempeñaron los médicos en la última enfermedad de su marido, y resolvieron no hacer declaración alguna sobre el caso. Lo que decimos a continuación está basado en los comentarios de la señora Caruso y en las crónicas periodísticas de la época. Uno de ellos, asegura la señora Caruso, le dijo: “A su marido hay que extirparle un riñón... Tiene que venir a nuestra clínica en Roma para operarse”. Los médicos creían que el cantante tenía un absceso perirrenal, que probablemente le afectaba el riñón izquierdo, y que era mejor extraerle dicho riñón.

Se hicieron preparativos para el viaje a Nápoles, en barco, y en tren a Roma. Caruso llegó a Nápoles,



“Enrico se cuidaba personalmente sus cuerdas vocales”



Caruso con un fonógrafo

su ciudad natal, el 31 de julio de 1921, para no salir más de ella. La mañana del 1 de agosto, festividad napolitana, se le declaró un dolor terrible y cayó gravemente enfermo. Era difícil dar con ningún médico, y sólo después de bastantes horas llegó uno a su hotel, administrándole narcóticos para aliviarle de aquella tortura intolerable y prestándole otros servicios médicos necesarios.

Se llamó entonces a consulta a varios médicos, los cuales dictaminaron que Caruso tenía un absceso subdiafragmático, complicado con peritonitis. No recomendaron que se le operase; al menos, no se le practicó operación alguna. La señora Caruso hace estos amargos comentarios sobre los médicos de Nápoles: “Su ignorancia del caso y la fama del paciente los asustaron tanto que no se atrevieron a asumir la responsabilidad de una operación de emergencia”.

En las primeras horas de la mañana del 2 de agosto de 1921, moría Enrico Caruso. Puede suponerse que no se le hizo autopsia. Vistas las cosas a varias décadas de distancia, parece lo más probable que Caruso debió tener neumonía, empiema (o sea, acumulación de pus) en la pleura, numerosos abscesos satélites en los tejidos y en los músculos del lado izquierdo del pecho, un absceso subdiafragmático, otro del riñón y, finalmente, peritonitis general.

Si del caso de Caruso puede sacarse una moraleja médica, es ésta: de cuando en cuando ocurre que las personas célebres se encuentran con dificultades para conseguirse una buena atención médica porque tienden a llamar a médicos de moda, que no siempre son los más competentes. Puede afirmarse que, en general, a Caruso se le proporcionó asistencia médica incompetente, y que él flirteó con médicos poco brillantes en numerosas ocasiones, durante el último año de su vida.

Haciendo justicia a los médicos, diremos que Caruso parece haber tenido primordialmente un tipo de infección sumamente resistente, que afectó a una zona del cuerpo en la que era difícil practicársele un buen drenaje quirúrgico.

Si Enrico Caruso hubiese vivido en nuestros tiempos, los antibióticos y las sulfonamidas habrían acabado en menos de una semana con su infección original, y su voz de oro habría continuado arrobando a sus oyentes muchos años más. ●

* Agradecemos al Dr. Miguel Guzmán Peredo por la transcripción de este capítulo sobre Enrico Caruso, tomado del libro *13 pacientes famosos*, escrito por el Dr. Noah D. Fabricant, y editado en México, en 1961, por Editorial Diana, S. A. El título del capítulo es “El último año de Enrico Caruso”, donde quedan descritos los diversos padecimientos que el célebre tenor napolitano presentó desde 1919 hasta 1921, año de su fallecimiento. Guzmán Peredo es médico cirujano egresado de la Facultad de Medicina de la UNAM, fundador y director general del Grupo Enológico Mexicano y autor de más de 15 libros publicados.